

PALABRAS DE PACO LUZÓN

(en el acto de dedicación de una Calle de El Cañavate)

"A mis padres Paco y María que, con su ejemplo
me enseñaron a cómo viajar por la vida"

10 de septiembre de 2.011

Querida Alcaldesa, Concejales, Amigos, Paisanos y Señores.
Muy buenos días a todos.

No hace falta que os diga que para mi es un inmenso honor estar hoy aquí.

Quiero por ello, antes de nada, expresar mi mas sincero agradecimiento al <consistorio de El Cañavate y a su Alcaldesa por el regalo que hoy nos están haciendo a mi familia y a mí.

Que mi pueblo me dedique la calle en la que nació me llena a mí de felicidad y a mi mujer, mis hijos, mis hermanos, mis primos y, estoy seguro, a otros familiares más lejanos que conocen este regalo.

Puedo intuir perfectamente lo mucho que hubieran disfrutado mis padres y mis abuelos y tíos, si alguna vez hubieran podido imaginar un momento como el que estamos viviendo en la iglesia de la Virgen de Trascastillo. Para mi madre, la Iglesia de "la Virgen". El lugar donde ella, María, y mi padre, Paco, unieron sus destinos en matrimonio el 17 de enero de 1.947.

Decía **Mas Aub** - un injustamente olvidado transterrado español en México- que uno era de donde había estudiado el bachillerato.

Durante muchos años le creí.

Hubo una época en mi vida en la que mis recuerdos de infancia y adolescencia me llevaban sistemáticamente a muchos kilómetros de distancia de El Cañavate. Al País Vasco, a Vizcaya, a Sevilla, a Madrid, a Londres... A otros paisajes. Otras gentes, Otras fiestas.

Hace ahora 14 años, un día soleado de Septiembre muy parecido al de hoy, algo comenzó a cambiar.

Quizás alguno todavía lo recuerde. Fue el 7 de Septiembre de 1.997 cuando vosotros - mis paisanos tuvisteis la gentileza de designarme Pregonero de las Fiestas- y de escuchar mis palabras. Recuerdo muy bien que en mi Pregón no os puede hablar ni de personajes entrañables del pueblo, ni describiros paseos por la cuesta que lleva a la ermita, ni recordar conversaciones en as orillas del río en las Romerías de septiembre.

Aunque me hubiese gustado hacerlo, no lo hice porque aquello nunca pasó.

Nunca conocí a aquellos convecinos de los que con naturalidad familiar hablaban mis padres y mis tíos. Nunca escuché directamente de ellos sus historias, sus leyendas o sus fantasías. Lo más que conservo son algunas imágenes difusas de nuestra escuela, de los viajes en bicicleta con mi padre a la cantera, de algunas tardes en un pequeño huerto a las afueras del pueblo, de algunas subidas a la ermita y a las ruinas del castillo.... y poco más.....

Como tantos otros de este pueblo - y de otros muchos pueblos de aquella España rural- acompañé a mi familia a la emigración cuando sólo tenía 5 años. Junto a ella - y gracias a ella- luche por labrarme un mejor porvenir.

En el entretanto, "me perdí" mi infancia manchega. De hecho, la primera vez que regresé a El Cañavate fue cuando ya tenía 18 años. Sin duda alguna, el hecho de que durante mi infancia solo uno de mis cuatro abuelos fue un factor que seguramente impidió que viniese a El Cañavate de vez en cuando.

Esta mañana quiero haceros una confidencia: Fue aquella tarde de las fiestas de 1.997, después de una inolvidable, emotiva y muy grata jornada, cuando volvía con los míos a casa, cuando comencé a sentirme de El Cañavate, de mi pueblo.

Me acordé de que cuando **Max Aub** regresó en 1969 a España, decepcionado porque su obra intelectual y política era absolutamente ignorada por la sociedad y la juventud española del desarrollismo, amargamente declaró: **"He venido, pero no he vuelto"**.

A mí aquel día de septiembre de 1.997 me produjo el efecto contrario: desde aquel Pregón, **yo vine y ya volví para siempre**.

A partir de entonces comencé a sentir que **uno es de donde nace**.

Que como dijo el gran poeta **Rilke**, **la patria de uno es su pueblo**. Aunque no haya vivido casi en él.

Muy lejos estaba yo entonces de poder imaginar que mi reencuentro con vosotros, mis paisanos, tendría consecuencias que volverían a llenarme de felicidad muchos años después.

Por aquellos tiempos decidí que era un imperativo moral comprometerme con una tierra, Castilla la Mancha, y un pueblo, El Cañavate, que, distinguiéndome como uno de los suyos, me daba muestras de una generosidad infinita.

Que había que corresponder.

En los meses y años siguientes puse todo lo que estaba en mi mano para devolverle a mi pueblo y a mi tierra parte de lo que me había dado. Primero participando con mi presencia y apoyo, junto a vosotros, en la rehabilitación de nuestra iglesia y nuestra ermita. Y segundo, impulsando desde la presidencia del Consejo Social la consolidación de la Universidad de Castilla La Mancha.

No fue una elección difícil.

Pertenezco a una generación que debe todo lo que es a la Universidad pública española y a quienes con su esfuerzo la financiaron y la convirtieron en un poderoso instrumento de movilidad social.

Mis años de presidencia del Consejo Social de la UCLM (desde 1996 la 2008) fueron años interesantes y fructíferos.

En ellos la Universidad de Castilla la Mancha se amplió y consolidó constituyéndose hoy en una realidad regional. En ella se vienen formando decenas de miles de universitarios de la región. La enorme inversión en capital humano que en esos años hicimos ha permitido que diéramos un salto de

gigante: Hoy tenemos 40.000 alumnos en la Universidad, el 30% de la población activa, frente a solo un 5% que teníamos en 1975, cuando no había Universidad.

La Universidad, la UCLM, ha sido una de las cosas que nos ha permitido a los manchegos dejar de ser diferentes a los demás. Al resto de los españoles. Y yo estoy muy orgulloso de haber contribuido a este éxito colectivo.

Sí, queridos amigos de El Cañavate: Aquel Pregón de septiembre de 1997 me puso en la senda del compromiso con la sociedad castellano manchega.

Gracias a él y a la Universidad puede conocer mejor la Región y trabar una entrañable relación con dos Rectores entregados a la institución, y con muchos entusiastas decanos, catedráticos, investigadores y alumnos que, un día, algunos años después, tuvieron a bien investirme Doctor Honoris Causa en Ciencias Económicas por la Universidad de Castilla La Mancha. "mi Universidad", el 21 de junio pasado en Albacete.

Algunos de vosotros tuvisteis la amabilidad de acompañarme ese día maravilloso. Un día, que no tengo ningún rubor en confesar, ha sido uno de los más felices de mi vida.

Ya sabéis que El Cañavate ocupó un lugar preferente en la lección Magistral que pronuncié.

De hecho mi discurso doctoral comenzaba con una contundente frase, inspirada en el genial Luis Buñuel:

"En el Cañavate, pequeño pueblo de Cuenca, donde nació, la Edad Media duró hasta la Guerra Civil".

La lectura de los papeles de Avelino Alfaro, me proporcionó información valiosísima para reconstruir la historia de nuestro pueblo.

De su mano llegué a la elegante y precisa descripción que de nuestro pueblo contiene el Diccionario Geográfico, Histórico de España y sus posesiones de Ultramar compilado por Pascual Madoz alrededor de 1850.

"El Cañavate, villa con ayuntamiento de la provincia de Cuenca, situado en una vega que se halla entre dos sierras (...) tiene 80 casas distribuidas en 5 calles irregulares y una plaza; salas consistoriales, cárcel, escuela de primeras letras dotada con 600 reales y concurrida por 15 o 20 niños. Iglesia, una ermita a 1.000 pasos sobre un cerro, cementerio extramuros y una fuente de agua dulce (...). La correspondencia se recibe de la administración de San Clemente los lunes y sábados y se lleva los martes y domingos. La población es de 164 vecinos o 652 almas (...)by el presupuesto municipal es de 3.000 reales."

Leyendo estos párrafos supe lo que significa tener raíces. Tener identidad cultural.

Y me prometí que, tan pronto como tuviese la más mínima oportunidad, volvería a agradecer, como ya hice en 1997, a todos los que viviendo aquí, esforzándoos día tras día, habéis hecho posible que el pueblo prospere y que otros podamos sentirnos orgullosos del pueblo de nuestros abuelos, del pueblo de nuestros padres y, por ende, también de "nuestro pueblo".

Gracias vecinos. Gracias paisanos.

Mi lección Magistral se llamó "El viaje es la Recompensa" y, como corresponde, El Cañavate era el kilómetro cero de mi viaje. De la trayectoria vital que describí en ella y cuyo mensaje central era muy simple: mi convencimiento de que en la vida, para alcanzar el bienestar y mejorar las condiciones de vida, hay que luchar. Que el futuro ni está escrito ni es irreversible. Que el futuro se puede construir y cambiar. Que el futuro depende en gran medida de nosotros. De nuestro esfuerzo y sacrificio y de nuestras ambiciones personales y colectivas.

Como veis, tenéis un vecino que es un optimista empedernido, aunque con fundamento. No lo puedo remediar.

Cuando miro a mí alrededor, incluso hoy, en medio de esta terrible crisis económica, no puedo dejar de reconocer que como personas y como país hemos llegado a donde jamás soñamos que podíamos llegar.

Y me cuesta muy poco argumentar que todavía mejor que haber llegado a los niveles de libertad, cohesión y educación que hoy tenemos en España, fue recorrer el camino que nos trajo hasta aquí.

Hacerlo nos hizo mejores como sociedad y como ciudadanos.

Lo mejor fueron los principios y los sueños que nos animaron.

Lo mejor fue el coraje que colectivamente demostramos sacudiéndonos el miedo a la pasividad del pasado. Y, sobre todo, lo mejor fue el sentido de propósito compartido, de solidaridad, de generosidad y de concordia, que nos impulsó.

Todos los de mi edad que me estáis escuchando podíais haber dicho algo muy parecido, porque para nuestra generación, protagonista de buena parte de ese largo viaje, el premio ha sido la misma vida. Los excitantes últimos 60 años de la historia de un viejo y sensato país que se hartó de no ser lo que siempre supo que podía ser.

En mi discurso subrayé que yo confiaba en los audaces y en los optimistas.

En personas como mi padre, mi madre y mis tíos, Segundo, la Manuela, la Morena, José. Leoncio,,, que en la madrugada de un día de invierno de los años 50, se levantaron no lejos de esta iglesia y se aprestaron a iniciar el camino de la emigración hacia el País Vasco, al Mediterráneo y a otros lugares de la España del desarrollismo.

Y como señalaba hace unos momentos, en ese discurso afirmaba que El Cañavate era el kilómetro cero de mi viaje.

Después de hoy, de vuestro monumental gesto de amistad y generosidad dedicándome la calle donde nací, voy a poder ser más preciso.

Voy a poder dar las coordenadas exactas de donde comenzó todo.

A unas decenas de metros de aquí. En la calle de El Corralazo, y desde hoy, calle de Paco Luzón.

Hace muchos años, Mercedes Sosa y Violeta Para popularizaron una hermosísima canción que se llama "Gracias a la Vida".

A los más jóvenes les recordaré que sus primeros versos dice:

Gracias a la vida que me ha dado todo
Me dio dos luceros que, cuando los abro,
perfecto distingo lo negro del banco.

Yo también sé cuanto me ha dado la vida. Y sé distinguir lo mucho que este pueblo y vosotros hoy me estáis dando.

Alcaldesa, concejales, vecinos y paisanos, amigos, familiares.. muchas gracias a todos.

En este regalo que hoy el pueblo de El Cañavate me hace quiero rendir tributo y reconocimiento no a mí, sino a mis abuelos Francisco, Presentación, Segundo e Isidra; a mis padres, a mis tíos, a mis primos... y a todos aquellos que, fuera del pueblo o dentro de él, llevaron y llevan El Cañavate en sus venas, en sus manos, en su corazón y en su memoria.

Un fuerte y fraternal abrazo.

El Cañavate, 10 de septiembre de 2.011.

